



ANGELES Y DEMONIOS

Y hubo una gran batalla en el cielo, Miguel y sus Ángeles pelearon con el dragón, y el dragón y sus ángeles pelearon, y no prevalecieron, ni se halló más su lugar en el cielo - Apocalipsis 12, 7-8

Hay tres razones asignadas en el Evangelio de hoy por las cuales la palabra de Dios, o las enseñanzas de Cristo, no dan fruto en los corazones de los hombres, a saber, el diablo, la carne y el mundo. Que estamos acosados por las tentaciones de la carne desde adentro, y los atractivos de las riquezas y los placeres del mundo desde afuera, nadie lo negará fácilmente. Pero es frecuente en la época actual cuestionar la existencia misma, y mucho menos la intervención en los asuntos humanos, de ángeles y demonios. Y, sin embargo, un mundo invisible de espíritus que no vemos, existe realmente como el mundo visible que nos rodea y que sí vemos. Es importante que reflexionemos sobre esta doctrina de la revelación divina.

I. Creación y prueba de los ángeles, 1. Los ángeles son espíritus puros dotados de intelecto y voluntad; su número es sumamente grande: "Miles de miles le servían, y diez mil veces cien mil estaban delante de él" (Daniel vii. 10); nuestro Señor habló de "legiones de ángeles" (Matt.xxvi. 53). 2. Los ángeles, como el resto del universo, fueron creados de la nada; fueron adornados desde el principio con gracia. 3. Muchos de los ángeles se rebelaron y fueron arrojados al castigo eterno con su líder, el diablo, también llamado Lucifer o Satanás. 4. Los demás ángeles permanecieron fieles y se les concedió la visión de Dios y fueron confirmados en gracia y gloria.

II. Los ángeles malos o los demonios son enemigos del hombre. I. El diablo fue el tentador que provocó la caída de nuestros primeros padres y trajo el pecado sobre toda la raza (Sabiduría 2,24); él también fue quien tentó a nuestro Señor en el desierto (Mateo 4:3 ss.). 2. Los demonios también se esfuerzan por dañar a la humanidad con injurias externas y molestias corporales, como irritaron al santo Job y abofetearon a San Pablo (Epístola de hoy). A veces incluso han tomado posesión de cuerpos de hombres, como sabemos por el Nuevo Testamento. 3. Pero los demonios buscan principalmente la ruina espiritual del hombre. Sus tentaciones son formidables (Efesios 6:12), infatigables (I Pedro 5:8), audaces (Lucas 22:31; Mateo 4:1-9), astucias (2 Corintios 11:14). Con este fin tratan de sacar la palabra de Dios del corazón de los hombres, seduciéndolos con enseñanzas novedosas, con falsos apóstoles, con aparentes milagros, como en la Nigromancia, el Espiritismo, etc. 4. Los demonios se mueven por el odio a Dios y los celos del hombre. Dios

les permite así hostigar a los hombres para la prueba y mayor victoria de los justos, y para el castigo de los impíos (I Tim. i. 20; I Cor. v. 5).

tercero Los ángeles buenos son los Guardianes de los Hombres. 1. Los ángeles buenos oran por nosotros y se regocijan por nuestra prosperidad. 2. Algunos de ellos son comisionados por Dios para protegernos y guiarnos hacia la salvación. Así como un viajero por caminos peligrosos es asistido por un guía fiel, así nosotros somos ayudados y defendidos por espíritus ministradores. 3. La Sagrada Escritura abunda en pruebas de los beneficios, temporales y espirituales, conferidos a través de los ángeles custodios (Tobías; Hechos xii. 7 ss.; Sal. xc. 11, 12). 4. Los ángeles buenos son también los mensajeros de Dios a los hombres (Lc 1, 26; 2, 10; Mc 16, 6, 7; Mt 2, 13, etc.); los ejecutores de Sus decretos (Hechos xii. 23; Lucas xvi. 22); ellos presiden sobre las naciones y sobre el mundo material.

CONCLUSIÓN. yo Contra los ataques de los malos espíritus debemos velar y orar (I Pedro v. 8), invocando siempre la ayuda de nuestros ángeles custodios. 2. A estos últimos debemos reverencia (Gen. xviii. 2), gratitud (Éxodo xxiii, 21; Tobías xii. 5) y confianza.

Sermón

LOS ÁNGELES; ÁNGELES BUENOS Y MALOS; ÁNGELES GUARDIANES POR EL REV. HG HUGHES

(a) La existencia de los Ángeles.

Ta existencia, queridos hermanos, de innumerables huestes de ángeles, de seres puramente espirituales, creados, como nosotros mismos fuimos creados, por mandato de la palabra Todopoderosa, pero más nobles que nosotros por naturaleza, y superiores en la escala de las cosas creadas, es una verdad que sólo podemos conocer con certeza por medio de alguna interposición del otro mundo, el mundo de los espíritus, al que pertenecen. Tal interposición puede tomar la forma de una revelación divina sobre el punto, o de alguna acción física sensible ejercida, con el mandato o permiso divino, por los mismos ángeles. De tal acción, tanto de los buenos como de los malos espíritus, hay pruebas sobradamente suficientes para los que no tienen prejuicios. No puede haber duda de que han ocurrido casos, y todavía ocurren, por ejemplo, de posesión por el diablo. Algunos de los fenómenos del espiritismo, que está atrayendo en la actualidad la morbosa curiosidad de muchos, no puede atribuirse sino a la acción malévol y perversa de los malos espíritus. La historia de la Iglesia y la vida de los santos nos presentan, por otra parte, muchos ejemplos bien atestiguados de la acción tanto de los ángeles buenos como de los malos. Pero se puede dudar, y el escepticismo en este asunto de aquellos que no creen ni en la Iglesia ni en la Biblia parecería confirmar la suposición, si sin la enseñanza expresa de la Iglesia y de la palabra escrita de Dios tales sucesos como los que he referido habría sido suficiente para probar con toda certeza a los hombres en general la existencia de seres puramente espirituales. La historia de la Iglesia y la vida de los santos nos presentan, por otra parte, muchos ejemplos bien atestiguados de la acción tanto de los ángeles buenos como de los malos. Pero se puede dudar, y el escepticismo en este asunto de aquellos que no creen ni en la Iglesia ni en la Biblia parecería confirmar la suposición, si sin la enseñanza expresa de la Iglesia y de la palabra escrita de Dios tales sucesos como los

que he referido habría sido suficiente para probar con toda certeza a los hombres en general la existencia de seres puramente espirituales. La historia de la Iglesia y la vida de los santos nos presentan, por otra parte, muchos ejemplos bien atestiguados de la acción tanto de los ángeles buenos como de los malos. Pero se puede dudar, y el escepticismo en este asunto de aquellos que no creen ni en la Iglesia ni en la Biblia parecería confirmar la suposición, si sin la enseñanza expresa de la Iglesia y de la palabra escrita de Dios tales sucesos como los que he referido habría sido suficiente para probar con toda certeza a los hombres en general la existencia de seres puramente espirituales.

Pero "tenemos una palabra de profecía más segura". No nos quedamos con la enseñanza de experiencias que los cavilosos siempre pueden presentar como engañosas, o debido a causas naturales desconocidas. Dios mismo, por la palabra de los escritores inspirados y por boca de Su Iglesia, nos ha asegurado el hecho de la existencia de los ángeles, buenos y malos.

Al proponerles, pues, mis queridos hermanos, darles una instrucción sobre el tema de los ángeles, doy por sentado que me dirijo a una audiencia en la que la mayoría son firmes creyentes en la autoridad y el testimonio de la Santa Iglesia Católica como el maestro de la verdad de Dios; y que aquellos de vosotros que no sois católicos creáis, como también nosotros, en las Sagradas Escrituras como la palabra misma de Dios. Ahora bien, apenas hay una verdad escrita más claramente y con más frecuencia en las páginas de la Biblia, de principio a fin, que la de la existencia de los ángeles. Mucho, además, se nos dice allí acerca de su origen, su naturaleza, su estado actual y sus ocupaciones; de modo que si creemos en la Biblia, debemos creer en esos seres de otro mundo.

La enseñanza particular de la Iglesia y las Sagradas Escrituras no ha escapado más que cualquier otra a los ataques de la crítica moderna. Los incrédulos se han esforzado por desacreditar el fuerte testimonio que poseemos en los registros del Antiguo Testamento sobre la creencia del pueblo judío sobre este tema, presentando su doctrina acerca de los ángeles como si la hubieran tomado prestada del pueblo pagano entre quienes vivían en cautiverio, y particularmente de los persas. Pero no ha sido difícil para los eruditos católicos demostrar que el pueblo de Israel no tenía nada que aprender de otras razas sobre este asunto. Hay, es verdad, una semejanza entre el sistema de la mitología persa y el de las Sagradas Escrituras con respecto a los ángeles; pero no es más que una semejanza; y los autores inspirados del Antiguo Testamento habían escrito acerca de los ángeles mucho antes de que sus compatriotas se relacionaran con los persas. Se ha hecho una objeción similar contra la doctrina de los ángeles tal como la enseña la Iglesia cristiana. Los cristianos, se declara, tomaron prestadas muchas de sus ideas sobre este tema de las antiguas religiones paganas de Grecia y Roma. El único fundamento para esta afirmación se encuentra en un hecho no siempre suficientemente tenido en cuenta, a saber, que no en sus doctrinas, sino en las expresiones verbales y pictóricas de sus doctrinas, los cristianos primitivos hicieron uso de simbolismos que a veces tomaron prestados de los elementos más inocentes de las antiguas religiones. Por lo tanto, un ángel puede estar representado de tal manera en una pintura cristiana primitiva que apenas se distingue de las figuras de Genii, o las figuras, por ejemplo, de la diosa Victoria. Pero un pequeño examen mostrará que la semejanza es sólo externa; que no hay nada en común entre las enseñanzas cristianas acerca de los ángeles y las fantasiosas, si no malvadas, leyendas del paganismo.

Apartémonos de tales objeciones y preguntémonos qué nos dice la Sagrada Escritura acerca de los ángeles. Al principio de la Biblia leemos acerca de los querubines que guardaban la entrada al Edén después de la desgraciada caída de nuestros primeros padres. También recordarás a los mensajeros enviados por el cielo que libraron a Lot y a su familia de la malvada ciudad de Sodoma. El hermoso registro del sueño de Jacob te ha sido familiar desde tu niñez; cómo "vio en su sueño una escalera que estaba apoyada en la tierra, y su parte superior tocaba el cielo: los ángeles de Dios también subían y bajaban por ella" (Gen. xxviii. 12). Los profetas en visión vieron la patria celestial, y el trono de Dios rodeado de ángeles, que se les dio a conocer, es cierto, bajo diversas formas materiales e imágenes, pero sin embargo representando la verdad. Y para que nadie pueda dudar de esto, que nadie pueda suponer que las imágenes del Antiguo Testamento no son más que imágenes, que no hay seres espirituales reales que fueron representados a los profetas de la antigüedad, Nuestro Bendito Señor Mismo y los escritores sagrados del Nuevo Testamento enseñan claramente la existencia de un mundo de seres espirituales, creados por Dios, de un orden superior al de los hombres. "Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en el cielo ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos" (Mat. xviii. 10). "Os digo que habrá alegría delante de los ángeles de Dios cuando un pecador haga penitencia" (Lucas xv. 10). "El que se avergüence de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su majestad, y la de su Padre, y la de los santos ángeles" (Lucas ix. 26). Estos son algunos de los pasajes en los que Nuestro Señor mismo habla de los ángeles; tampoco debemos olvidar aquellas terribles palabras en que nuestro Divino Maestro habla también del diablo y sus ángeles. Si miramos las epístolas, tanto de San Pablo como de los otros autores del Nuevo Testamento, encontramos que la misma verdad se declara constantemente. "Pienso que Dios", escribe San Pablo, "nos ha puesto como apóstoles, últimos, como condenados a muerte; hemos sido hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres" (I Cor. .iv.9). "Ángeles y poderes y virtudes", declara San Pedro, están sujetos a Nuestro Señor Jesucristo en Su gloria (I Pedro iii. 22). Y en aquellas maravillosas visiones de la patria celestial mostradas al Apóstol San Juan, y escritas por él en el Libro del Apocalipsis, ¡cuán gran parte juegan los ángeles!

La enseñanza de la Iglesia es explícita, como ciertamente debe serlo con respecto a un hecho tan claramente establecido en la palabra escrita de Dios. "Dios", declara el Concilio Vaticano (Sess. III, cap. I) "por su libre voluntad, en el principio de los tiempos creó de la nada... tanto las criaturas espirituales como las corporales, es decir, los ángeles y los mundo y, por último, el hombre, compuesto de cuerpo y alma".

(b) La naturaleza de los Ángeles.

Esa es, pues, la naturaleza de estos seres. El Concilio Vaticano habla de ellos como "espirituales" y los contrasta con el hombre, que está compuesto tanto de materia como de espíritu. Todo lo que leemos sobre los ángeles en la Sagrada Escritura deja claro que ellos no son como nosotros. Excepto por medio de alguna intervención sobrenatural, son invisibles a los ojos del cuerpo. Si tuvieran marcos corporales como los que tenemos, deberíamos verlos sin necesidad de un milagro que nos permita hacerlo. Hasta que el Señor no le abrió los ojos, no de otro modo, es decir, sino por alguna intervención especial, Balaam no pudo ver al ángel del Señor. "Enseguida el Señor abrió los ojos de Balaam, y vio al ángel, que estaba de pie en el camino con una espada desenvainada, y lo adoró, cayendo de bruces en tierra" (Núm. 22:31). El ángel que se apareció a Gedeón desapareció repentinamente de su vista, por lo cual supo que era un ángel que había estado

hablando con él. "El ángel del Señor desapareció de su vista. Y viendo Gedeón que era el ángel del Señor, dijo: ¡Ay, mi Señor Dios!, porque he visto al ángel del Señor cara a cara" (Jueces vi. 21). ,22).

A *Tobías* el ángel Rafael le declaró que comía sólo en apariencia, que tenía otra comida y bebida espiritual. "Ciertamente me parecía que comía y bebía con vosotros; pero yo uso una comida y una bebida invisibles, que los hombres no pueden ver... Y cuando hubo dicho estas cosas, fue quitado de su vista, y pudieron ver no más" (Tob. xii. 19-21). Los bienaventurados, en la resurrección, nos ha dicho Nuestro Santísimo Señor, serán semejantes a los ángeles de Dios, precisamente porque estarán libres de aquellas ataduras que en nuestra condición actual están asociadas a la carne y la sangre. "Os equivocáis", dijo a los saduceos, "por no saber las Escrituras, ni el poder de Dios. Porque en la resurrección no se casarán ni se casarán, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo" (Mateo 22). 29, 30).

A la luz de estos y otros pasajes de la Sagrada Escritura y con fiel apego a su tradición constante, la Iglesia enseña como punto cierto y seguro de la doctrina católica que los ángeles son espíritus; que no tienen nada material sobre ellos. Cuando se han aparecido a los hombres ha sido tomando, por el momento, alguna apariencia visible. De hecho, no es fácil para nosotros concebir un ser, un ser inteligente, poderoso, noble, bajo cualquier forma que no sea la de un hombre. En otras palabras, nos cuesta concebir qué es un espíritu. Tampoco está dentro del alcance de esta instrucción entrar en una explicación de las naturalezas espirituales en general. Sin embargo, puedo sugerir, de paso, algunos pensamientos que pueden ayudarnos a formarnos una idea de la naturaleza angélica. ¿Qué es lo que es más poderoso en el hombre? ¿Qué es lo que hay en el hombre que ha producido los mayores acontecimientos, ejercido la mayor influencia en la historia del mundo y de la humanidad? ¿Ha sido fuerza bruta o fuerza corporal? A primera vista podría parecer que al menos en algunos períodos de la historia del mundo, y entre los pueblos bárbaros, así ha sido. Que ha sido así en determinados momentos y en un espacio y espacio restringidos no lo negaría. Pero, ¿qué movimiento realmente grande, qué logro duradero en sus efectos ha sido el resultado de la mera fuerza corporal bruta? Detrás de tales movimientos y tales efectos siempre encontraremos una mente maestra; una voluntad y una inteligencia, la inteligencia para saber y prever, la voluntad para realizar y para inclinar otras voluntades a la realización deseada. ¿Y a qué parte de nuestra naturaleza pertenecen la voluntad y la inteligencia? A nuestra parte espiritual. Y si reflexionamos, el cuerpo es más un estorbo que una ayuda. Tiene tantas necesidades; se fatiga tan pronto; una y otra vez "el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil". Para nosotros, en efecto, es un instrumento necesario para la realización de la mayoría de nuestros propósitos, pero uno del cual a menudo nos gustaría ser independientes. Un ángel, queridos hermanos, es voluntad e inteligencia sin trabas ni trabas de la carne. Cuán a menudo nuestra alma suspira por verse libre de los obstáculos corporales; dejar de sentir el cansancio y la pesadez que oprimen la estructura corporal. Tal es la condición de los santos ángeles de Dios. Y para tomar otro pensamiento; qué intensa actividad puede ejercerse en la parte espiritual de nuestra naturaleza mientras el cuerpo está quieto. Qué amplias extensiones podemos recorrer en pensamiento; qué luchas violentas pueden tener lugar en lo más íntimo de nuestras almas; qué ardientes deseos, qué alegría, qué dolor más profundo, qué serenidad y qué desolación puede experimentar nuestro espíritu, sin embargo, nadie sabe por ningún acto externo lo que sucede dentro. De nuestra propia experiencia interna, entonces, al multiplicar mil veces las energías de nuestras almas, podemos obtener alguna noción de las vastas actividades de esos espíritus que Dios ha creado, libres de ataduras carnales, para ser Su corte y cumplir Sus mandatos. Esta es, pues, otra verdad que nos enseña la Sagrada Escritura y la Iglesia, que los ángeles son puramente espirituales, sin ninguna mezcla de elementos materiales y corporales. y qué desolación pueden experimentar nuestros espíritus, sin embargo, nadie sabe por ningún acto externo lo que está sucediendo dentro. De nuestra propia experiencia interna, entonces, al multiplicar mil veces las energías de nuestras almas, podemos obtener alguna noción de las vastas actividades de esos espíritus que Dios ha creado, libres de ataduras carnales, para ser Su corte y cumplir Sus

mandatos. Esta es, pues, otra verdad que nos enseña la Sagrada Escritura y la Iglesia, que los ángeles son puramente espirituales, sin ninguna mezcla de elementos materiales y corporales. y qué desolación pueden experimentar nuestros espíritus, sin embargo, nadie sabe por ningún acto externo lo que está sucediendo dentro. De nuestra propia experiencia interna, entonces, al multiplicar mil veces las energías de nuestras almas, podemos obtener alguna noción de las vastas actividades de esos espíritus que Dios ha creado, libres de ataduras carnales, para ser Su corte y cumplir Sus mandatos. Esta es, pues, otra verdad que nos enseña la Sagrada Escritura y la Iglesia, que los ángeles son puramente espirituales, sin ninguna mezcla de elementos materiales y corporales.

(c) Su origen.

Ay estos espíritus poderosos fueron creados por Dios. Esta es una verdad que profesamos cada vez que recitamos las palabras del credo que se dice en la Santa Misa: "Creador de todas las cosas visibles e invisibles". En esas palabras confesamos que Dios Todopoderoso es el Creador de todas las cosas que existen; del mundo invisible, espiritual, así como del universo visible. Las palabras del Concilio Vaticano, que ya os he citado: "Dios... en el principio de los tiempos creó de la nada... tanto las criaturas espirituales como las corporales", no son más que una declaración más enfática y explícita de las palabras de el Credo de Nicea, y de aquellas palabras aún más antiguas del Credo de los Apóstoles: "Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra", del cielo, con sus huestes de ángeles; de la tierra, con sus múltiples formas de vida.

Para resumir, entonces, la enseñanza de la Iglesia y la Biblia hasta ahora, las Sagradas Escrituras y la Iglesia, que es la exponente e intérprete autorizada de las Escrituras, nos enseñan claramente que los ángeles ciertamente existen, que son enteramente espirituales en su forma de ser. naturaleza, y que proceden, por creación, de la nada, de Dios, el Autor de todo lo que es.

(d) Ángeles buenos y malos.

El Concilio Vaticano, en el lugar que ya he citado dos veces, nos dice cuál fue el fin que Dios tenía en vista al crear todas las cosas. "Dios, por su bondad y por su omnipotente poder, hizo las criaturas... no para aumentar su propia bienaventuranza, ni adquirir ninguna perfección para sí mismo, sino para manifestar sus perfecciones por el bien que ha impartido a su creación (Loc.cit.).

En otras palabras, Dios hizo todas las cosas por amor; para hacerlos partícipes de su propia bondad. Necesariamente, también, los hizo para su propia honra y gloria; porque no podría tener un fin más perfecto que ese, y ser perfecto. Debe tener el fin más perfecto a la vista. Pero el Concilio Vaticano insiste aquí en que el honor y la gloria de Dios implican la felicidad de sus criaturas. Una vez más, esa felicidad solo se les puede asegurar amando y sirviendo a su buen Padre y Creador. Es destino, pues, de todas las criaturas libres de Dios glorificarle y alcanzar la felicidad que Él les ofrece, amándole y haciendo su voluntad. Y este fin ha de ser llevado a cabo por cada uno según su lugar en la creación de Dios. Los ángeles fueron creados especialmente para formar la corte del Rey del cielo; para ministrarle en su alto santuario.

El santo profeta Daniel vio en una visión al Anciano de días. "Su trono como llamas de fuego; sus ruedas como fuego abrasador. De delante de él salía veloz un torrente de fuego: millares de millares le servían, y diez mil veces cien mil estaban delante de él." ¡Qué glorioso destino fue el de los ángeles: ser los asistentes inmediatos de la corte celestial; para rodear el trono mismo del Dios Todopoderoso. En verdad, ocupar tal cargo es ser un príncipe, mucho más alto y noble que cualquier príncipe entre los hombres. Y así es. Los ángeles y los príncipes; cada uno tiene su propio trono y corona gloriosos.

Pero, queridos hermanos, si pudiéramos mirar a los atrios más recónditos del país celestial, si fuéramos favorecidos con las visiones que embelesaron las almas de los profetas de la antigüedad, veríamos que ahora, en el cielo, muchos tronos angélicos están vacíos, muchos tronos gloriosos las coronas han sido derribadas y pisoteadas en el polvo. ¿Qué significa esto? Significa que multitudes de la hueste angélica han caído para siempre de su alto estado, y han sido arrojadas con "fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles". Los que cayeron, como los que se mantuvieron firmes, fueron creados para la gloria de Dios y su propia felicidad. Pero Dios quería un servicio libre y voluntario, y para ello era necesario que sus gloriosas criaturas, los ángeles, estuvieran dotados de libre albedrío, de dominio sobre sus propias acciones, de poder de elección entre Dios. s servicio o la adoración y el servicio de uno mismo. Podemos deducir de la Sagrada Escritura que el pecado de los ángeles fue un pecado de orgullo inmenso y desmesurado. San Pablo,



escribiendo a su discípulo Timoteo, le advierte que no eleve al episcopado a quien es un nuevo converso, "sino", dice, "inflado de orgullo, cayó en el juicio del diablo"; en el juicio, es decir, en el cual cayó el mismo diablo. "Satanás", escribe San Atanasio, "no fue arrojado del cielo por un pecado de fornicación o adulterio o robo, sino que el orgullo lo arrojó a las profundidades más bajas del abismo". Que el pecado de los ángeles fue un pecado de soberbia es la enseñanza común y universal de los padres y doctores de la iglesia. De los detalles de ese pecado, cómo y con respecto a qué en particular los ángeles se rebelaron contra el poder del Todopoderoso, no lo sabemos con certeza. Algunos grandes teólogos han presentado como una conjetura probable que fue revelado a los ángeles que el Hijo Eterno asumiría y elevaría hasta el mismo trono de Dios una naturaleza inferior a la de ellos, y que ellos estaban llamados a adorarlo en esa naturaleza humana, por lo

cual Satanás, pensando que la naturaleza angélica debería haber sido así honrada, rehusó adorarlo, y atrajo innumerables huestes tras él en su pecado. Pero sea como fuere, es una verdad de fe que los ángeles pecaron; es doctrina unánime de padres y doctores que su pecado fue la soberbia; y es una verdad de fe que por ello cayeron en la miseria de la condenación total y el destierro eterno de Dios en los tormentos del infierno. "Y a los ángeles", escribe San Judas (Judas vi), "que no guardaron su principado, sino que abandonaron su propia habitación, los ha guardado bajo oscuridad en cadenas eternas". "Dios", dice San Pedro (2 Pedro 2:4), "no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los entregó, arrastrados por cuerdas infernales al infierno inferior, a tormentos, para ser reservados para tormentos".

¡ Qué lección, queridos hermanos, para nosotros! ¡Qué advertencia contra el pecado; sobre todo contra el orgullo, que ciertamente entra esencialmente en todo pecado mortal, ya que en todo pecado mortal la criatura se levanta contra su Creador y declara: "¡No lo serviré, no te serviré, haré mi voluntad, no la tuya!"

Alas por esa infeliz caída! Los que eran príncipes gloriosos se hicieron demonios a sí mismos. Desde entonces no han dejado de odiar a Dios y todas sus obras. Sin embargo, por su caída no han perdido todos los poderes que pertenecen a la naturaleza angélica; y ejercen esos poderes, hasta donde Dios lo permite, para la destrucción y ruina del hombre; ansiosos, si pueden, de frustrar, a pesar y con envidia, los designios misericordiosos de Dios con respecto a aquellas criaturas favorecidas cuya naturaleza Él mismo se ha dignado tomar. Gracias a Dios que, aunque para nuestra prueba y probación les permite tentarnos, no pueden hacernos daño a menos que nos entreguemos voluntariamente a sus malas sugerencias. Armados con Su divina gracia, podemos extinguir todos los dardos de fuego del maligno. De nuestro lado están las huestes de los que permanecieron fieles; que pasó con éxito la prueba de la tentación; quienes ahora disfrutan, sin posibilidad de caer, de la visión de Dios en el cielo, y quienes, por su providencia misericordiosa, nos protegen, guían y ayudan en nuestra guerra en la tierra.

(e) El ministerio de los Ángeles. Ángeles guardianes.

WHemos visto cuál es el oficio de los ángeles con respecto a Dios. Ellos son los asistentes de Su corte celestial; no cesan de rendirle culto y adorarlo día y noche, diciendo Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos. Pero Él también les ha dado deberes con respecto a nosotros. Ellos son Sus mensajeros; están a cargo de la Santa Iglesia, de los reinos y naciones, y, además, de los individuos. Es enseñanza de la Santa Iglesia que al menos cada uno de los fieles goza de la protección y ayuda de un ángel custodio; y no es en modo alguno contrario a la Sagrada Escritura suponer que todo hijo del hombre está así protegido. Desde el principio la Iglesia Católica ha honrado a los santos ángeles, los ha invocado y solicitado su ayuda; y nos corresponde, queridos hermanos, seguir este ejemplo siendo devotos de nuestro ángel guardián. ¡Cuán consolador es el pensamiento de los príncipes de la corte celestial encargados del cuidado de nuestras almas y cuerpos; siempre a mano para protegerse de la tentación; para repeler a los demonios, para sugerir pensamientos buenos y santos, para protegernos de peligros corporales y accidentes en nuestro ir y venir; estar a nuestro lado y cuidarnos hasta que finalmente presenten gozosamente nuestras almas, redimidas y limpiadas, ante el trono de Dios para recibir la recompensa. Debemos examinarnos a nosotros mismos para ver si hemos descuidado y olvidado a nuestro ángel guardián. Nos interesa invocarlo; secundar sus esfuerzos con nuestros fervientes esfuerzos por evitar el pecado. ¡Cuán a menudo frustramos esos esfuerzos al caer deliberadamente en la tentación! También es una cuestión de gratitud común que

recordemos a Aquel que está a cargo de nosotros; que debemos agradecerle por su cuidado, que debemos tratar de vivir más en su presencia. No hace falta decir que el mayor bien espiritual debe ser el resultado de tal práctica. Recordando la presencia de nuestro ángel guardián, recordaremos también la presencia de Dios. De este modo seremos sostenidos en la tentación y refrenados del pecado; seremos consolados en la aflicción y templados en el tiempo de la alegría: cultivando la amistad de nuestro compañero celestial seremos guardados del afecto nocivo por las criaturas de la tierra; más que cualquier guía y consejero terrenal, nos enseñará y nos conducirá por el camino celestial, hasta que el velo sea quitado de nuestros ojos, y veamos al fin al ángel del Señor con quien alabaremos y bendeciremos al Padre nuestro. ambos para siempre en el cielo. No hace falta decir que el mayor bien espiritual debe ser el resultado de tal práctica. Recordando la presencia de nuestro ángel guardián, recordaremos también la presencia de Dios. De este modo seremos sostenidos en la tentación y refrenados del pecado; seremos consolados en la aflicción y templados en el tiempo de la alegría: cultivando la amistad de nuestro compañero celestial seremos guardados del afecto nocivo por las criaturas de la tierra; más que cualquier guía y consejero terrenal, nos enseñará y nos conducirá por el camino celestial, hasta que el velo sea quitado de nuestros ojos, y veamos al fin al ángel del Señor con quien alabaremos y bendeciremos al Padre nuestro. ambos para siempre en el cielo. De este modo seremos sostenidos en la tentación y refrenados del pecado; seremos consolados en la aflicción y templados en el tiempo de la alegría: cultivando la amistad de nuestro compañero celestial seremos guardados del afecto nocivo por las criaturas de la tierra; más que cualquier guía y consejero terrenal, nos enseñará y nos conducirá por el camino celestial, hasta que el velo sea quitado de nuestros ojos, y veamos al fin al ángel del Señor con quien alabaremos y bendeciremos al Padre nuestro. ambos para siempre en el cielo. De este modo seremos sostenidos en la tentación y refrenados del pecado; seremos consolados en la aflicción y templados en el tiempo de la alegría: cultivando la amistad de nuestro compañero celestial seremos guardados del afecto nocivo por las criaturas de la tierra; más que cualquier guía y consejero terrenal, nos enseñará y nos conducirá por el camino celestial, hasta que el velo sea quitado de nuestros ojos, y veamos al fin al ángel del Señor con quien alabaremos y bendeciremos al Padre nuestro. ambos para siempre en el cielo.

<http://catholicharboroffaithandmorals.com/>